

SERENIDAD

A lo largo de mis años estériles,
hijo,
¡cuánto he pensado en tí!

He apretado la frente de sueños
y he estrujado el pobre desconuelo
de tu cuerpo pequeño,
tus primeras sonrisas,
tu primera palabra.

He pensado, hijo mío,
que serías la razón de mi vida,
mi compañero,
el íntimo secreto de mi lucha,
el regalo para mi soledad
y también mi inquietud.

Cuando he visto
otras madres que guardan su silencio
sobre pequeñas frentes,
he comprendido el torpe desamparo
de mi mano vacía,
y estas lágrimas duras
que todavía me hieren,
y he pensado: «¡Se van!».
Y he sentido el terror de los años que pasan
sin haberte encontrado,
sin conocer tu voz
ni sentir tu mirada...

Pero, hijo mío,
hoy te pido perdón por esta paz que es mía.
Tú, por quien he soñado,
sabes mejor que nadie de esta anchura del mundo.
Y a ella me he asomado.

Hoy no te ansío, hijo, materia, cuerpo, sangre.
¡Luchar por tí, atenazar la vida,
gritar de amor por tu alegría,
ver florecer tu rama,
vivir en tí de nuevo!
Y. de pronto,
cuando el árbol te cobija los sueños...
¡No!
Mejor ha sido así. Hoy tu desvelo
ya dejó de inquietarme.
Ocurrió en el instante
en que todo eran flores en mis manos,
la tarde parecía transparente..
En el aire había cruces enlazadas
y del cielo
descendía un aroma a rosas muertas...

JOSEFINA DE LA TORRE